

LOS KOLARIANOS DEL BENGALA

y los sacrificios humanos entre los Khouds

Lingüistas y antropólogos, cada cual por su parte, etnólogos y mitógrafos, encuentran ó encontrarían ricos materiales para explotar en esa región de la India que recibe las aguas de los montes Vindhya y Adjanta para arrojarlas en el golfo de Bengala por la Mahanadia y la Godaveria. Esta región de los encantadores paisajes y fértiles campiñas, podría ser ampliamente poblada si no fuese por las grandes lagunas esparciendo á distancia, bajo un cielo tórrido, sus miasmas mortíferos. Los habitantes de la llanura deben permanecer alejados durante seis meses, y los europeos durante nueve. Vastas extensiones no han sido jamás habitadas sino por tribus primitivas que viven en comunidades, generalmente aisladas, no estando unidas más que por débiles lazos con sus vecinos del mismo nombre y de la misma raza. Una sierra de altos picachos circunda el llano, ligeramente ondulado, sembrado de soberbios pedruscos graníticos, levantándose unos en redondos macizos y otros en fragmentos ruinosos, de fantásticas formas.

Aunque autóctona, la aglomeración étnica de que se trata es considerada como de origen anterior á los arias y hasta á los dravidianos. Está subdividida en milla-

res de *clanes*, según Beverley, que nosotros ni siquiera intentaremos clasificar sumariamente; nos basta con que se les designe bajo el nombre colectivo de kolarianos, derivado del pueblo kolh ó cole, de donde la palabra *coulti*, que pertenece á la lengua franca internacional. La parte oriental de la llanura se extiende á una altura de 6 á 700 metros, en una extensión de 7.000 kilómetros cuadrados. Está habitada por un millón de hombres, de entre los cuales, más de la mitad pertenecen á tribus salvajes ó semisalvajes, divididos en dos grandes clases, los ouraones y los moundahs; estos últimos los más antiguos, si hay que creer las tradiciones. En esa mezcolanza humana, óyense repetir con más frecuencia unos nombres que otros: southals, bhils, bhoumis, hos, birhors, sourahs, kherias, korevvars, dchouangs ó partouns, larkas y gouds.

Los khouds, á los cuales concederemos una atención particular, han tomado el nombre de su espada *khande*, que ellos manejan de un modo peculiar. Se hace también derivar su nombre de la palabra tamul *koundrou*, la colina. Pero esos deben ser los que habitan las altas regiones. Ellos mismos se llaman kous. En número de doscientos cincuenta á trescientos mil, se agrupan esporádicamente alrededor de Boustar Tchinna Kinney, Djeypour, Goumsor, Boad y Despalla, sus fortalezas y principales centros.

Los conquistadores hacen de derecho la historia de sus conquistas, y para mejor cubrirse de gloria, cubren de ignorancia á los vencidos. A lo cual no se han escapado los arias en sus leyendas y tradiciones. De esos relatos, leídos con espíritu crítico, resulta que los invasores encontraron una tenaz resistencia. Sin duda que los indígenas, que se defendieron bravamen-

te, sus reveses alternaron con éxitos, y no fueron enteramente subyugados sino en el litoral y en la cuenca del Ganges; en las primeras colinas fueron avasallados y en regiones altas no pudieron someterlos. No habiendo podido vencerlos en toda la línea, los conquistadores se vengaron llamándoles monos, nagas, culebras, geógenos, confundiéndolos, con propósito deliberado, con los leopardos y otros animales, patronos de los totocus. La emigración invadió la planicie é impuso la raza y lengua de los arias, sus doctrinas y prácticas, pero no ascendió muy arriba en los valles. La invasión llegó hasta poco más alto de las primeras estribaciones; el estruendo de las batallas no llegó hasta los altos prados. El choque de las armas, los rumores de las revoluciones, el crujir de los imperios que se hunden, no despiertan los ecos de los valles profundos; el tigre de la ciénaga, el cocodrilo de la laguna, los demonios de la peste y de la calentura defendían á los indígenas. Una espantosa miseria protegía á esas criaturas, que no poseyeron jamás nada que valiese la pena de ser saqueado. Y la situación se perpetuó. Hubiérase dicho que los indígenas, careciendo de organización política, propiamente hablando, no estando reunidos sino en grupos de chozas con escaso número de habitantes, organismos débiles y sin cohesión, sucumbirían por sus disensiones intestinas al más leve ataque del exterior. Pero no ha sido así; han sobrevivido á los Estados que les esclavizaban, tal vez porque no se elevaban á la noción del Estado.

No quiere eso decir que muchos de esos khouds y de esos kolhs no tuvieran que reconocer la supremacía de Orissa, orgulloso de sus guerras y de sus conquistas, de sus glorias y victorias, y que llegó á su más alto esplendor en los tiempos de Carlomagno y de Haroun el Raschid. Durante una decena de siglos, desde el V al XVI, ese reino impuso á los pueblos inferiores un

modus vivendi que sobrevivió á su caída, se perpetuó bajo la dinastía musulmana de Delhi y subsiste más ó menos bajo la dominación inglesa. El soberano, especie de emperador feudal, mandaba á los maharajahs, rajahs y zemíndaros, á los paiks, en número de 150 á 200.000, vasallos desiguales en poder, riqueza y autoridad, igual que en el Santo Imperio, fueron magníficos duques y marqueses, ilustres condes, poderosos barones, pequeños dignatarios, modestos señores, pero todos caballeros y gentileshombres, que, en el ejército, eran los hombres del emperador, en la corte sus servidores, y en sus tierras, señores independientes que ejercían los derechos de baja y alta justicia. El cetro del soberano de Orissa pesaba sobre los feudatarios, los cuales á su vez hacían presión sobre sus inferiores en categoría; y los de última condición se indemnizaban sobre los indígenas planícolas, y entre otros, sobre los pobres sourahs, que, caídos en cruel esclavitud, fueron tratados como ilotas. Protejidos por una primera línea de lagos cenagosos, los kolhs y los khouds de las laderas gozaban de paz, pero con la condición de llevar á los rajahs algunos productos de las ciénagas y de suministrar á los templos y los dominios señoriales un trabajo que no se pagaba, por lo que se les dió el nombre de *vettiahs* ó fagineros. En cuanto á los congéneres de los altos montes, las calenturas, como centinelas ante la muralla de bosques y pantanos, aseguraban su independencia. En la plenitud de su libertad, establecían alianzas con los hidalgüelos de las cercanías, al servicio de los cuales se enganchaban como voluntarios para una ó dos campañas. El suelo, deficientemente cultivado, alimentaba malamente á una población diseminada, que diezmaba un insano clima, los infanticidios y las luchas frecuentes entre las tribus libres. Todos los años descendían mayor número de emigrantes á las tierras bajas, donde les era per-

mitido vivir con algún desahogo; se colocaban según su casta y oficio, se hacían leñadores, peones, marineros, recaderos, mozos de cuerda; servían de ayudantes á los boyeros y pastores. Unos se enganchaban en el partido del crimen, otros en el ejército de la represión. Hasta los últimos tiempos, su gran recurso era servir á los paiks, ó vasallos de la corona, en calidad de arqueros y soldados, al modo de los suizos montañeses, que se alquilaban como lansquenets y gendarmes al que más les ofrecía y último encarecedor, ya se llamase Papa de Roma, Venecia ó república de Florencia, rey de Francia ó emperador de Alemania. En todo tiempo se buscaba á los khouds como milicianos; los príncipes no querían otros como guardas de palacio y pagaban bien sus servicios, pues se distinguían como sobrios y resistentes á toda fatiga; eran de raza marcial, intratables sobre cuestiones de honor, puntuales en toda ocasión y dispuestos á toda hora á dejarse matar antes que faltar á la palabra dada. No podían sino apreciar la bravura franca, la valentía caballeresca de esos hombres, que siempre solicitaban para ellos el puesto de mayor peligro, ó hasta lo exigían como derecho propio, y se unían apasionadamente á sus jefes por poco que lo mereciesen, á veces sin que lo merecieran.

A medida que los siglos pasaban, la civilización penetraba entre los montícolas, disminuyendo su barbarie; las ideas religiosas, las prácticas sociales de la tierra baja se infiltraban; las influencias del brahmanismo y del budismo y luego del Islam, penetraban hasta en los parajes más lejanos, despertando ecos lejanos. No obstante, hasta los últimos cincuenta años los distritos interiores habían permanecido ignorados, y por consecuencia, independientes. Pero he aquí que llegan viajeros ingleses, misioneros cristianos de todas las comuniones y de todas partes, comerciantes, inge-

nieros y soldados. Las historias de las conquistas se parecen todas. La Compañía de las Indias se procuró relaciones en todos los poblados, se creó amigos; los ricos y poderosos no se preocuparon gran cosa de los ignorantes y necesitados, fácilmente celosos los unos de los otros. Viéronse surgir de todos lados caminos y carreteras, sobre los cuales llegaron bien pronto la infantería, la caballería y la artillería. Sin ruido, sin orgullo ni amenazas, avanzando gradualmente, los uniformes encarnados fueron tomando posesión de los puntos estratégicos, desde donde el dinero se esparcía por los alrededores. La marea ascendente envolvía una posición, rodeaba otra. Algún hidalguito supo con dolor que su fortaleza no era intomable; algún gentilillo hubo que reducirlo á razón. Al enemigo declarado se le aplastaba; se aislaba á los desavenidos, se compraba á los dudosos. Oficiales inteligentes, sabiendo correr despacito, decir palabras oportunas y distribuir regalos con habilidad, ganaban posiciones y más posiciones. La diplomacia inglesa, el gobierno de Calcuta, enseñan con orgullo los resultados que les costó un gasto de hombres y dinero relativamente insignificante. Actualmente el territorio es recorrido por visitantes cada vez más numerosos; los emigrantes llevan otras necesidades é intereses, otras industrias y costumbres.

Los recién llegados observan que el suelo se presta á diversidad de cultivos; que el paisaje se ofrece con frecuencia agradable, á veces soberbio y grandioso; que es fácil abandonar las llanuras tórridas, atravesar rápidamente las regiones pestilentes y fijarse en los parajes altos, de aire puro y clima saludable. Los europeos establecen grandes explotaciones, organizan cárceles, entusiasmándose de esa naturaleza salvaje, interesándose por esos pueblos primitivos, queriéndolos instruir y civilizar. Pero esas pobres razas no sobrevivirán á tanta simpatía. Es el principio del fin.

En lo que se refiere al tipo, las diferencias del parecido entre arias y no arias son demasiado marcadas para que escapen á la mirada del menos avisado. Entre los indos, el animal humano tiene el color menos bronceado, mayor capacidad craneana, formas más proporcionadas y más elegantes, rasgos más regulares y una fisonomía más agradable; las poblaciones indígenas abundan en caras ingratas y de una fealdad repugnante. Por poco que se quiera aceptar la fórmula practicada por todos los viajeros y hasta por sabios etnólogos: «En Tours todas las mujeres son astutas», sería fácil probar que esas montícolas son soberbias y detestables. Hay algo bello y lo hay muy feo, y, como en todas partes, existe un término medio. A los khouds que tenemos particularmente á la vista, Howard les encuentra una fisonomía semimongola, semicaucásica; frente ancha, á veces perpendicular, ojos grandes y expresivos, cara triangular, barba rala, cabellos largos y abundantes. Shortt les da una talla media de 1 m. 75; Hunter se limita á decir que son tan altos como los indos, bien musculados, rápidos en la carrera, que su frente es ancha y gruesos sus labios, pero sin exceso. «Su vigor, su inteligencia y su resolución, su inalterable jovialidad, les hace amables compañeros ó terribles enemigos.» Dalton, la mayor autoridad en materia de etnología, se expresa de este modo sobre algunos de esos pueblos:

«Los hos y larkas, eje de la nación mundah, son la parte más interesante y seguramente la mejor dotada. Porte recto, viril actitud, aspecto de un pueblo libre y justamente orgulloso de su independencia. Igual ángulo facial que los arias y rasgos que con frecuencia no son en nada inferiores á los de los indos: nariz grande, gruesos labios, bien formados y magníficos dientes. Las formas, que la carencia de vestidos permite examinar en detalle, son con frecuencia de una belleza escultural.»

Esta descripción, exacta por lo que se refiere á los habitantes de distritos bien cultivados, gozando de una comodidad que les envidiarían los agricultores de la Gran Bretaña, sería inexacta para los habitantes de las regiones forestales, en donde las caras son invariablemente feas. En cuanto á los mundahs, no tienen el tipo caucásico, parecen aproximarse al mongol y casi más bien al negro: pómulos salientes, ojos poco abiertos, ligeramente oblicuos, cara aplastada, pelo fino, talla mediana, tez variando entre el castaño al negro obscuro. Más graciosos que todos los otros, los simiescos ouraons tienen la talla pequeña, más bien proporcionada, raramente corta y rechoncha. Las gentes jóvenes de ambos sexos, nerviosos como ardillas, tienen una cara delgada y movable. Las localidades de raza mezclada, ofrecen una variedad sorprendente de rasgos y de colores. Donde la raza está menos mezclada, abunda el negro feo; boca grande, labios gruesos, mandíbulas prognatas, nariz ridículamente aplastada, las fosas nasales muy separadas, frente pequeña, cabello anillado casi como el de los negros.

Caza y salvajismo son casi sinónimos. Esos pueblos están atrasados en proporción á la importancia que la caza tiene en sus medios de subsistencia: tanto más salvajes cuanto menos agrícolas. La planicie no está poblada sino de muy ligera vegetación; las lluvias no son escasas, pero las aguas se precipitan en torrentes devastadores y van á alimentar las lagunas corrompiendo el aire con sus emanaciones pestilentes. El suelo está mal explotado y mal cultivado. A los más miserables que viven de los productos espontáneos de la espesura, toda carne parece buena: perros, caballos, chacales, ranas, carne viva ó carne muerta, fres-

ca ó descompuesta, todo parece bien; tigre ó culebra, desde el cocodrilo á los insectos, todo pasa por su despensa. Para los indos no pueden ser sino objetos de horror, pues ellos se morirían antes que probar un filete de toro ó de ternera; para los musulmanes, que tienen al cerdo como bestia abominable y que designan á los kolh con el nombre de «matacerdos», calificativo por el que los recriminados se afectan bien poca cosa. Brahmanes y musulmanes hacen de los birhos una raza criminal, porque son antropófagos; pero nosotros no les hacemos ningún reproche, pues su canibalismo está inspirado por el amor filial: los parientes, en el momento que se sienten morir, piden como especial favor que sus cuerpos no sean abandonados al borde del camino ni en el interior de la espesura, sino que sea alojado en el interior del estómago de sus hijos. Estos no pueden desatender la súplica y no emplearán ninguna precipitación impropia de la solemnidad para gozar de la comida fúnebre.

De cualquier modo nada rechazan como comida, según dicen, desdeñosos de estos salvajes, los refinados brahmanes, que se creen delicados porque no hincan el diente sino en manjares exquisitos, y aun han de ser preparados en sus familias. Por la diferencia de alimentación, la ley de los conquistadores, personificada en Manú, esperaba eternizar las distancias de casta, acentuarla de siglo en siglo, constituir razas enteramente distintas por los caracteres intelectuales y morales y por los caracteres físicos. Según eso, los alimentos impuros generan cuerpos feos y raquíticos, organismos estúpidos y degradados, y el alimento puro constituye en el hombre la fuerza y la belleza, la nobleza y la inteligencia. El sistema era seductor; se apoyaba sobre cierta experiencia, y la fisiología del porvenir hará, creemos nosotros, preciosos descubrimientos en este orden de investigaciones. Lo cierto es que ese

principio fué proclamado por la raza dominante como verdad absoluta, admitido implícitamente por las razas subyugadas y rechazadas y por las tribus más civilizadas que, habitando residencias fijas relativamente confortables, se habían adelantado hasta el uso del arado. Por no citar más que un ejemplo, los uraons, semisalvajes y semicivilizados, lo comen todo y no importa qué, durante su infancia y primeros años de la pubertad, pero á partir del casamiento, los esposos se convierten en carne sagrada, se administran, como sacramentos, la sal, por la que juran, al ejemplo de los suthals; sus cuerpos, así purificados, no se alimentarán luego sino con manjares puros, á los cuales no tocará ninguna mano extraña á la tribu. La uraona debe preparar la comida del marido, pero jamás la compartirá con él; se contentará con las sobras, siguiendo el ejemplo dado por la esposa brahmiana. Entre la mayor parte de kolhs, no obstante su salvajismo, la mujer comparte la comida con su compañero, señor y amo. Por su parte, los khuds se abstienen de tocar los alimentos que hayan sido preparados por gentes reputadas como de raza inferior, prohíben las carnes del perro, del gato doméstico, de la culebra, de los animales de presa, tales como los chacales, milanos y buitres. Una vez destetados, no vuelven más á probar ninguna clase de leche.

Como consecuencia de una abstinencia inveterada, la raza indo siente aversión por los licores fuertes; los brahmanes miran con desprecio, desde lo alto de su sobriedad rigurosa, á esos bárbaros, que toman como pretexto cualquier festividad para beber licores con delicia, de toda ceremonia para libar sin medida vino de palmera. Cuando el árbol del mauah (*Bassia latifolia*) se cubre con su rica cosecha de flores perfumadas, á las que se atribuye la virtud de curar la mayor parte de las enfermedades, el khudistán está

alegre, los elefantes, todos los herbívoros y varios pájaros se regalan. Los hombres, para reservarse la mayor parte, véanse obligados á estar de guardia día y noche. No hay entonces cabaña en la que los pétalos no destilen un licor espirituoso llamado *deral*, no existe un solo khud que no se emborrache; hasta la khuda se permite sus excesos. Los soldados ingleses se procuran también esa satisfacción ampliamente, encuentran al licor cierto parecido con el whisky de Irlanda, y se emborrachan «gloriosamente» tapándose, no obstante, la nariz, porque el olor, demasiado fuerte, parece ofender á los europeos.

Queriéndose parapetar detrás de una barrera infranqueable, los arias adoptaron la política de separar más y más las distancias entre conquistadores y conquistados, de realzar á los primeros y envilecer á los segundos físicamente, y sobre todo intelectualmente — pues ninguna demarcación es más profunda ni más evidente que la que separa al civilizado del bárbaro, — y habían prohibido la transmisión á las razas llamadas inferiores, de las nobles artes de la lectura y la escritura. Hubiera sido tratado como traidor el brahmán que hubiese enseñado sus fórmulas y liturgias, que hubiese explicado los Vedas á los ilotas. La instrucción desenvuelve las facultades y la herencia las fija; por eso ninguna raza es más inteligente que la indostana, ninguna tiene el espíritu tan delicado y sutil, no ha creado lengua más rica y sabia, poesía más grandiosa, filosofía más abstracta y profunda, arquitectura más sorprendente y religiones más extraordinarias. Entre las altas y bajas castas, todo contacto inmediato pasó por ser una abominación y acabó por parecer imposible. Con una rara sagacidad y un ingenio verdaderamente extraño, los conquistadores se consagraron á degradar á los sometidos, á hacerlos despreciables ante sus propios ojos. Las leyes de Manú decretaban la vergüenza y la humi-

llación, la miseria y la ignorancia, imponían un estado civil que no podían imaginar más embrutecedor, á «esos seres de color negro, de cara bestial, menos hombres que animales», cuyo aliento cortamina la atmósfera y cuya sombra envenena los alimentos, y hasta las aguas sobre las que pasa. Se les daban nombres como los *kolhs*, puercos, *pulayeses*, basura. A cualquiera otorgaban el derecho de matarlos, sin que fuese necesario alegar motivo; ¿pero quién se hubiera atrevido á ensuciarse la mano pegándoles? Con solo injuriosos y escupirles en la cara se ensuciaban los superiores. Y para que la saliva de los desgraciados no infectase la tierra, se les obligaba á llevar encima una escupidera (1). Si había que tocarlos, no podía ser sino con un hierro encendido. Lo más seguro era tenerlos á distancia: 96 pies entre un cuerpo odioso y un augusto brahmán, era distancia apenas suficiente; les era preciso vivir fuera de toda población habitada por gentes honradas; se les imponía el ir desnudo de cintura arriba; de hablar con la mano ante la boca, y aun de no expresarse sino en su dialecto: la noble lengua de los conquistadores no debía ser corrompida con impuros alientos, no debía pasar por labios innobles. Que no se atreviesen á decir: «Yo, mi arroz, mi mujer, mis hijos»; sino que eyaculasen en su jerga expresiones como estas: «Vuestro esclavo, mi sucio comestraje, mi macaca y mis terneros». Sólo sacerdotes podían haber promulgado tal legislación, que erigía la ferocidad en sistema y hacía la crueldad más sabrosa sazónandola con la injuria. La obra maestra de esa política fué prohibir á los conquistados el progreso de la instrucción. Ordenaba á los indos en general, y á los brahmanes en particular, cultivar el espíritu, impregnarse de la poesía y la literatura sagra-

(1) *Koragars*, Walhouse.

da, resumen de todas las ciencias; pero se prohibía á los indígenas tocar y mirar un libro. Para mejor imponer la servidumbre á los vencidos, la legislación denegaba y rechazaba todo cambio que pudiera mejorar la condición de los indígenas. ¿Habían sido despojados de sus rebaños? Pues prohibición terminante de adquirir otros; prohibido igualmente poner sus manos sobre las ubres de las vacas para ordeñarlas, prohibido poseer otros animales que jumentos y perros. ¿No tenían sino miserables chozas? Pues prohibido construir otras de mampostería, de varios pisos, y cubrirla á no ser con paja. Se les quería vagabundos, sin ninguna pasión por el cultivo de la tierra. Se les privaba de poseer una vasija entera, y sólo podían servirse de groseros tazones. Se les impedía todo uso de joyas en oro ó plata, y sólo se les permitía llevarlas de latón, hierro ó vidrio. A las mujeres les estaba vedado cubrirse los pechos, darse el lujo de una sombrilla y lavar sus vestidos. Se les tenía ordenado vivir en la más repugnante suciedad (1). Los hombres tenían que vivir vestidos; sólo se les permitía cubrir sus carnes con paja y andrajos, con harapos de muertos y ropones de los criminales que ellos hubieran ejecutado. Este último punto debe ser explicado: Los verdugos y martirizadores, siendo odiados y despreciados, se les impuso como ejercicio á las clases bajas. El escuartizador, el fosero, el destripador y ejecutor público fueron considerados como hermanos, y se les dió como hijos ó sobrinos á los zurradores y curtidores, á los correjeros, silleros y zapateros, todos de oficio civil. No se les garantizaba ninguna propiedad, no suponiendo que ellos poseyesen nada propio sino por el robo y la estafa. La ley condenaba á la holgazanería á los que no recluía en la gleba, les prohibía aproximarse á las casas honradas y la residencia en pueblos ni aldeas.

(1) Dubois, *Moeurs de l'Inde*.

De esas prescripciones, dictadas por el odio muchas, creemos nosotros, jamás han existido, sólo han sido inventadas á conveniencia. Muchas cayeron en desuso por la fuerza de las cosas, por la invasión de otras religiones contrarias al brahmanismo. Pero la mayor parte de esas ordenanzas inicuas estuvieron en vigor y el tiempo las consagró. Poblaciones enteras aceptaron la humillación que se les infligía, y, aceptándola, olvidaron su ignominia, acabaron por adaptarse á ella. El hábito es una segunda naturaleza. Desde tiempo inmemorial los nagas olvidaron el modo de indignarse y se les asimiló á los leprosos: han llegado, pues, á gesticular y ladrar, medio ocultos detrás de cualquier parapeto, mendigando la bazofia que se les quiere arrojar, que no se atreven á recoger sino cuando el pasante se ha alejado. Se imagina que la ignominia puede ir más lejos aun y que las ciénagas de Tchittagoug son refugio de hordas caídas en dignidad inferior á la de los animales, las cuales parecen no conocer ni siquiera la asociación permanente del macho y de la hembra para la cría de sus pequeños (1). Pero de esta aserción nos está permitido dudar hasta tener testimonios circunstanciados.

¡Teoría altanera la de fundar la dominación sobre el predominio intelectual y moral! Pero por grande que su orgullo fuese, los indos no tuvieron jamás conciencia plena de la absoluta superioridad de que se pavonearon: su odio y su desprecio se aguzaba siempre por algún temor. Temieron siempre que los indigenas, todos hechiceros y temibles por su alianza con el demonio del suelo, maleficieran á las gentes, hicie-

(1) Faulmann, *Die Entwicklung der Schrift*.

ran caer al mundo en desgracia, rompieran á distancia la fuerza de la salud, y que se transformaran en lobos, monstruos y cocodrilos. Nadie les hubiera quitado la idea de que el tigre, devorador de hombres, que la vívora, de mortal picadura, no fuesen esos malditos facinerosos convertidos en bestias para hacer malas acciones: «Los pérfidos, dice un libro sagrado, tienen la mirada feroz, absorbadora de la vida.» ¿Pero si el sarampión y las viruelas obedecen sus mandatos? ¡La peste, el cólera y la viruela no son otra cosa que divinidades terribles! Lo mismo que un luterano compra la protección de Dios y que un católico hace intervenir á la Virgen ó al santo tal en sus asuntos, algunos indos creen oportuno atraerse la protección de una divinidad rural, que es pariente de esos hijos del suelo. Las multitudes de espíritus y de demonios son incalculablemente inferiores al augusto Siva y al sublime Vichnú, pero infinitamente más próximas á los simples mortales; es, pues, juicioso contentarlas.

Una brahma ha visto morir á sus hijos unos tras de otros. ¿Por qué? No se sabe nada. La culpa será tal vez de un kosegar ó de una birhora que los ha mirado con mal ojo, ó tal vez de algún demonio de los alrededores. Si la pobre madre vuelve á tener otro hijo, ¿qué hará para conservar su preciosa existencia? La «bien nacida» mujer, orgullosa de su linaje, que en tiempo ordinario no tocaría ni con pinzas á una de esas koregares, la ruega, por un intermediario, muy respetuosamente, para que vaya á visitarla, la suplica que la tenga en su gracia, la invita á aceptar arroz, aceite, algunas monedas de plata y por último le entrega su recién nacido para que la andrajosa maldita lo tome en sus brazos y se lo aplique al pecho. La salvaje se deja tocar, se desprende uno de sus anillos de hierro, se lo pone en el bracito al chiquitín y le grita en alta y clara voz: «¡Criatura, tú te llamarás koregaret!» Hace

mamar al inocente, le harta y devuelve á su madre. Por la adopción simulada, por la leche, por el nombre, ha hecho suyo al niño brahma, lo ha incorporado á su tribu y puesto bajo la protección de las divinidades koregares.

Otro ejemplo: Un infeliz indostán no puede curarse la enfermedad que le apena ó se cree perseguido por la desgracia y la maldición. Para poner remedio á su estado, llena una jarra de aceite, echa algunos de sus cabellos y mugre de sus pies, mirando por largo rato su imagen reflejada en el líquido. Luego lleva ese líquido ó ese *ghi* á un salvaje, que se lo beberá hasta la última gota y será recompensado por la molestia. La operación, lejanamente emparentada con nuestro misterio de la Eucaristía, efectúa un transporte de sustancias, trasmudado del indo al koregar y de éste al indo. Por la infusión de los pelos y el mugre, por la cara reflejada, el aceite se satura de energía vital, se impregna de alma, pasa á otro cuerpo, á otra sangre. Desde este momento, el koregar será el ayudante de un brahma, otro él mismo, establecerá cierta confianza con los demonios de la Koregaria.

Gracias á esas supersticiones, los misioneros cristianos han tenido el placer de ver triunfar á su Cristo sobre todos los dioses y *bougas*, que declaraban sin rodeos no poder nada contra los hombres de Europa, pues los fusiles ingleses les privaban de sus mejores medios. Para desembarazarse de sus magos, siempre molestos, muchos indígenas solicitaron el bautismo convirtiéndose al cristianismo, aunque sin atreverse á suplicarle en su propia lengua. Eso ha sido la repetición del milagro que Moisés hizo ante los Faraones; las varitas arrojadas por los magos se transformaban en serpientes, pero las varitas de Jehová se hacían dragones deglutiendo víboras y culebras.

Pero no insistamos más sobre las cosas excepciona-

les de la situación: es incontestable que los brahmanes habían ensanchado y desenvuelto tanto su superioridad, que pudieron creerla eterna. Creían el foso infranqueable, aunque no fuese más que en razón de la imposibilidad para la estirpe sudra, ahita de alimentos inferiores, de igualarse jamás á la raza tan bien alimentada, nutriéndose con sustancias selectas. Según la teoría que habían puesto en circulación, la casta no era sólo un hecho exterior, sino la expresión del temperamento, la diferencia de naturalezas. Servido por una legislación severa y rigurosamente aplicada, el sistema ha contribuído ciertamente á la formación de tipos distintos; lo que no era en su origen sino una ventaja poco marcada, produjo con el tiempo una desproporción evidente, afectando las carnes y los músculos, hasta los huesos del esqueleto.

Esas particularidades étnicas, que consignamos y señalamos sin pretender disminuirlas, lo extraño es no verlas más profundamente fijadas. Pues se ha observado frecuentemente que los moundahs parecen participar de la facultad del camaleón, de cambiar su color por el de los objetos que les rodean, y en las aldeas mixtas su tez se confunde casi con el color de los indos. Las uraonas palidecen en cuanto han hecho una corta estancia, como criadas, en las casas de los europeos. Al mismo tiempo que los distritos se civilizan, el tipo mejora y embellece; la talla, es cierto, continúa pequeña durante más tiempo, pero los rasgos se agracian, y como las gentes son de naturaleza jovial, la cara toma bien pronto una expresión agradable. Los misioneros, bastante competentes en la materia, han notado no pocas veces que una alimentación más regular, una habitación más higiénica y un trabajo moderado y continuo, embellecen muy pronto el cuerpo y alegran la cara; los niños, sobre todo, toman mejor conformación.

A los fisiólogos corresponde pronunciarse sobre esta cuestión.

La ignorancia forzada en la que estos indígenas han vegetado durante luengos siglos, no ha producido tampoco los efectos desastrosos que esperaban sus enemigos. Las últimas castas, es cierto, las hordas más miserables, han caído en dolorosa locura de embrutecimiento, pero la mayoría no parece, ni con mucho, una ruina fisiológica. La inteligencia, aunque limitada á un pequeño número de objetos, continúa sana y susceptible de desarrollo. Nosotros comparamos al indo con el árbol frutal que el hortelano ha cuidado durante muchas generaciones, lentamente desenvuelto y ennoblecido. Pertenecientes á la misma familia, los análogos salvajes crecen en el bosque, no produciendo sino frutos agrios y de mucha corteza, pero las raíces son vigorosas y tiernas sus maderas; bastaría con que un hábil ingertador aplicara su arte para transformar el fruto. El símil es para los kolhs y khouds. Las clases superiores, las naciones civilizadas se duermen fácilmente en el lujo, caen en la inmoralidad, en lo ficticio y lo convenido, en el bizantinismo bajo todas las formas, en la senectud necia y vana. Pero las clases llamadas inferiores, como las naciones incultas, véense, por las necesidades de la existencia, constreñidas al movimiento constante, á la acción sin reposo, y por consecuencia á sostenerse en los límites de la realidad y de un cierto buen sentido. Los misioneros declaran que los jóvenes de sus escuelas, con tal de que se les sepa tratar, son perfectamente accesibles á la instrucción, y que dos ó tres generaciones bastarán para ponerlos al nivel de los brahmanes.

No pretendemos resolver la cuestión; nos basta con haber indicado los términos. Cierta escuela científica ha procedido con ligereza al declarar inmutables los tipos cuya fijeza podría muy bien estar motivada por

la no variación sensible del medio ambiente. Las condiciones generales de la alimentación, del clima y la habitación, lejos de ser primordiales, no son sino contingentes y accidentales, variando fácilmente. Se nos ha querido presentar á los tipos como fundidos en bronce: ¿no serán más bien una máscara complaciente que se adapta á carnes plásticas y á un esqueleto relativamente flexible?

¡Pero basta de teorías, basta de hipótesis; entremos en el terreno de los hechos observados!

Si las cualidades morales tienen mayor importancia que la instrucción y las facultades intelectuales, nuestros bárbaros khouds son, en suma, bastante superiores á sus vecinos civilizados. Verídicos y sinceros, no querrían librarse de un peligro ni obtener ninguna ventaja al precio de una mentira, ni solamente al de una inexactitud voluntaria. ¡Cuántas veces los jueces ingleses han hecho ejecutar, bien contra su voluntad, á bravos hombres, contra los cuales no caía otra inculpación que la de su propio testimonio! Se habían denunciado y entregado, habían contado los hechos con absoluta franqueza, con una exactitud escrupulosa, poniendo todo su pundonor en no callar nada de todo aquello que les declaraba culpables. ¿Qué diferencia con esos benegalinos, tunantes incomparables, artistas en el disimulo! Uno de los grandes errores de Stuart Mill fué afirmar que los no civilizados se complacen en la mentira, pareciendo incapaces de decir verdad. Nosotros no seremos ciertamente quienes negaremos que la verdadera civilización ha de realizarse paralelamente á la sinceridad y á la justicia; pero el gran filósofo se hubiera explicado de otro modo si su estancia en la India le hubiese puesto en contacto con los gouds y